LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Collage con imágenes de la serie *Mueca-play-pause-rewind-forward*, 2006, tinta/papel, de Sergio Alejandro Trejo Candelas

Editorial 7

Del árbol genealógico 8
De azul esta campana / Myriam Moscona

Concurso 37 de Punto de partida 11
tercera entrega

Malos poemas (poesía) / Jorge Octavio Martínez 12
Testigo voluntario (cuento breve) / María del Pilar Cañete Osorno 21
Los peces rojos (cuento) / Gerardo Martínez 22
Un cigarrillo en Trieste (ensayo) / Eduardo Uribe 26
Mueca-play-pause-rewind-forward (viñeta) / Sergio Alejandro Trejo Candelas 29

Fuga antes del alba (fragmentos) / Christian Barragán 40
Tres veces / Cristina Pérez 46
La guerra de los cigarrillos / Rodrigo Martínez 50
En la Punta Cometa / Héctor Ávila Cervantes 53

El reseñario
De la moral solazada / Luis Paniagua 59

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Juan Ramón de la Fuente
Rector

Gerardo Estrada
Coordinador de Difusión Cultural

Gerardo Kleinburg
Director de Literatura

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 141, enero-febrero 2007

Edición: Carmina Estrada
Asistencia: Rodrigo Martínez
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Martínez Passarge
Ilustración: Taller coordinado por Santiago Ortega
Collage de portada: Imágenes de la serie *Mueca-play-pause-rewind-forward*, de Sergio Alejandro Trejo Candelas
Impresión: Imprenta de Juan Pablos S.A.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. ISSN: 0188-38IX. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.
Tel.: 56 22 62 01
Fax: 56 22 62 43
www.literatura.unam.mx
correo electrónico: partidar@servidor.unam.mx
cestrada@correo.unam.mx

Punto de partida empieza un nuevo año con ánimo festivo, y qué mejor que hacerlo entonces con campanas. Campanas que doblan de azul en un hermoso poema, regalo de Myriam Moscona para nuestro Árbol Genealógico. El festejo se debe, entre otras cosas, precisamente a la sobrevivencia de esta sección, que iniciara como un experimento en el número 113 de la revista. Desde entonces, muchas han sido las voces —veinticinco escritores y cuatro artistas visuales, para ser exactos— que han aceptado gustosas ofrecer este presente a las nuevas generaciones. A todos ellos vaya nuestro agradecimiento.

Seguimos también con los trabajos ganadores de premios y menciones en el concurso 37 de *Punto de partida*, ya en la tercera entrega: "Malos poemas" (que no nos engañe el título), de Jorge Octavio Martínez; "Testigo voluntario", cuento breve de María del Pilar Cañete; "Los peces rojos", cuento de Gerardo Martínez, y "Un cigarrillo en Trieste", ensayo de Eduardo Uribe sobre el italiano Italo Svevo. Y para cerrar este inciso de premiados, la serie gráfica "Mueca-play-pause-rewind-forward", de Alejandro Trejo Candelas.

En nuestra sección de colaboraciones, celebramos la participación de dos de nuestros reseñistas asiduos —Christian Barragán y Rodrigo Martínez—, quienes en esta ocasión apuestan por la creación literaria, el primero con algunos fragmentos de la serie de poemas "Fuga antes del alba"; el segundo, con el cuento "La guerra de los cigarrillos". Completan la sección "Tres veces", de la novísima escritora Cristina Pérez —texto que, aunque hemos etiquetado como relato por criterio editorial, pisa con soltura la frontera del género y podría también considerarse en las lindes de la poesía—, y "En la Punta Cometa", visiones marinas captadas por la lente del fotógrafo Héctor Ávila Cervantes.

Para cerrar, el poeta Luis Paniagua nos ofrece una amplia reseña de *Episodios célebres*, libro de fábulas y relatos del chiapaneco Víctor Cabrera, cargado de humor e ironía, excelente recomendación para nuestros lectores en este principio de año. Ⓟ

De azul esta campana

Myriam Moscona

dime si donosa
marco el gong
suelto el clinc
pego el clanc
dame don
dame don
dame el don del viento
dime, Don
dime, Don
dime dónde pego
sube más/ dobla más
tiñe— tañe más
¿por quién?

¡por fin oyen!
(doblan
dicen
rompen
rasgan)

¿por quién?
por ti
sólo por ti
se echan mis campanas a vuelo

Abuelo
déjame subir

¿oyes a los muertos?

Myriam Moscona es hija de padres búlgaros sefaradíes. Es autora de siete libros de poesía, entre ellos *Las visitantes* (Premio de Poesía Aguascalientes, 1988), *Negro marfil*, reeditado recientemente por el Claustro de Sor Juana, y *El que nada,* publicado por Era (2006). En los últimos tiempos ha llevado a cabo algunos proyectos de poesía visual de los que han surgido diversos objetos y libros de artista, como *Las dos tortillas* o *La poesía mexicana* (un mapa del país trazado con nombres de 101 poetas). Actualmente es becaria de la Fundación Guggenheim para llevar a cabo un proyecto de poesía contemporánea escrita en ladino o judeo-español.

hasta lo cierto es mentira
suelta el badajo, carajo
que se echen mis campanas a vuelo

por ti
sólo por ti
abro el clinc
sueno el clanc
vuelo al gong
es un concierto
con cierto donoso batir
abuelos en posición de faquir
(muertos)
oyen el din
marcan el don
saben por quién
conocen el quién
me explican si repican mis campanas
¿se oyen arriba?

despierta al azul
que se tiñan mis muertos del cielo
sentidos por el don del clinc
que los llama
que los finta
los inflama
los ampara
los envuelve en oídos de tinta

¿por quién si no
doblarían de azul estas campanas?

REVISTA PUNTO DE PARTIDA

CONCURSO 38

BASES:

1.- Podrán participar todos los estudiantes de bachillerato, licenciatura y posgrado de México.

2.- Los trabajos deberán ser **inéditos**. En el caso de **textos**, deberá entregarse **original** y **dos copias**, escritos en computadora o máquina de escribir, a doble espacio. En el caso de obra **gráfica** y **fotografía**, sólo se entregará el material **original**. Todos los trabajos deberán ser firmados con seudónimo y entregados en un sobre que presente en el exterior el título del trabajo, la categoría en que concursa y el seudónimo del autor, y que contenga además un sobre de menor tamaño, cerrado, con los datos siguientes:

Nombre completo del autor, seudónimo, nivel en el que concursa, título del trabajo, escuela, número de cuenta o matrícula, copia de credencial o otro documento que lo acredite como estudiante, domicilio particular (calle, número, colonia, delegación o municipio y código postal), teléfono y si se tiene, dirección de correo electrónico.

3.- El tema de los trabajos es **libre** y su extensión deberá ser la siguiente:

Crónica: de cinco a quince cuartillas.
Cuento: de cinco a quince cuartillas.
Cuento breve: dos cuartillas como máximo.
Ensayo de creación (no artículo académico): de cinco a quince cuartillas.
Fotografía: una serie temática de cinco a diez originales tamaño 8 x 10 en blanco y negro.
Gráfica: una serie temática de cinco a diez originales en formato media carta, a una tinta, en cualquiera de las siguientes disciplinas: estampa, dibujo o gráfica digital.
Poesía: de diez a quince cuartillas.
Traducción literaria (francés / español o inglés / español): de cinco a diez cuartillas. Deberá anexarse copia del texto publicado en la lengua original.

4.- Se podrá participar en una o varias categorías. **Podrá inscribirse sólo un trabajo por categoría.**

5.- Ningún trabajo será devuelto, a excepción de los originales en fotografía y gráfica.

6.- La fecha límite de entrega es el **miércoles 28 de febrero de 2007**, de **9:00** a **14:30** y de **17:00** a **20:00** horas. Si los trabajos son enviados por correo, se tomará en cuenta la fecha del matasellos postal. **No se recibirán trabajos durante el periodo vacacional de la UNAM** (del lunes 18 de diciembre de 2006 al lunes 8 de enero de 2007).

7.- Se otorgarán dos premios (primer y segundo lugar) en cada categoría. El primer lugar recibirá $ 6,000.00 (SEIS MIL PESOS M.N.), el segundo lugar recibirá $ 4,000.00 (CUATRO MIL PESOS M.N.). Ambos premios incluyen la publicación del trabajo ganador en la revista *Punto de partida*, un reconocimiento y un lote de libros editados por la Dirección de Literatura de la UNAM.

8.- El jurado podrá otorgar las menciones que considere pertinentes en cada categoría. Éstas recibirán un reconocimiento y un lote de libros publicados por la Dirección de Literatura de la UNAM.

9.- El jurado calificador estará compuesto por personas de trayectoria reconocida.

10.- El fallo del jurado será inapelable y se dará a conocer directamente a los ganadores y en medios de comunicación.

11.- Los casos no previstos en esta convocatoria serán resueltos por la Dirección de Literatura de la UNAM.

Entrega de trabajos en Revista *Punto de partida* / Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural UNAM, Zona administrativa exterior, edificio C, primer piso (frente al Museo de las Ciencias Universum), Insurgentes sur 3000, Coyoacán, Ciudad Universitaria, 04510 México, Distrito Federal.

Informes en el teléfono: 5622-62-01 o en cestrada@correo.unam.mx y partidar@servidor.unam.mx www.literatura.unam.mx/

DIFUSIÓN CULTURAL UNAM

Concurso 37

Tercera entrega

Malos poemas / Mención en poesía
Jorge Octavio Martínez Acosta / Lengua y Literatura Hispánicas
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM
Jurado: Myriam Moscona, Francisco Hernández, Rocío Cerón

Testigo voluntario / Mención en cuento breve
María del Pilar Guadalupe Cañete Osorno / Lengua y Literatura Hispánicas
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM
Jurado: Lauro Zavala, Marcial Fernández, Víctor Cabrera

Los peces rojos / Mención en cuento
Gerardo Antonio Martínez Vázquez / Lengua y Literatura Hispánicas
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM
Jurado: Guillermo Samperio, Anamari Gomís, Andrés Acosta

Un cigarrillo en Trieste / Mención en ensayo
Eduardo Uribe Flores / Maestría en Letras Latinoamericanas
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM
Jurado: Héctor Perea, Luis Felipe Fabre

Mueca-play-pause-rewind-forward / Segundo premio en gráfica
Sergio Alejandro Trejo Candelas / Maestría en Artes Visuales
Escuela Nacional de Artes Plásticas, UNAM
Jurado: Sol Garcidueñas, Santiago Ortega

Malos poemas

Jorge Octavio Martínez
Facultad de Filosofía y Letras, unam

Exaltación del asmático

Yo, como si recibiese a una vieja amante,
preparo los muebles donde recostar a los pulmones,
las sillas donde acomodar las piernas inservibles,
el apoyo acolchado para las inquietas uñas verdes.
El asma acude con el poder admonitorio de su nombre,
un delicado beso de hielo que sofoca en su hervor
se va colando a los bronquios mientras jalo complacido
un estertor que tiene menos de angustia que de asfixia.

Las crisis del asmático se presentan por interrupciones
—por no mencionar su calidad de interrupción continua.
Las crisis del asmático tienden puentes de ahogo:
Y es que uno se agrega al gremio de los sofocados:
Ser hermano y más que hermano
del hombre que desdobla su cuerpo
en el fondo de trenes que se hacen borrosos.
Del viejo que cree desde su cama empapada
como si el jadeo no fuera cosa sin fin.
Del niño pálido a la busca del oxígeno,
evasivo de su muerte en el aire de las flores.

Ilustraciones de Jarumi Dávila, ENAP-UNAM

De la adolescente de ojos tornadizos,
a la hora de hender sus labios con el inhalador.

La enfermedad crónica, como la mujer amada,
nos hace incondicionales de la misma afluente.
Quien ya las padeció, es los amantes pasados
y los muertos de muertes anteriores.

Nuestro asma:
Quedo bien en la hamaca mientras fumo un puro
que sólo ayudará a incrementar la podredumbre de mi tórax.
Quedo bien soterrado en mi habitación
con las paredes de corcho y magdalenas por la tarde.

El asma, a diferencia de lo que ustedes suponen,
nos regresa al sosiego —si es que alguna vez lo tuvimos.
Nos derriba porque así creemos robar más oxígeno a la vida.
Nos agita en lentas bocanadas
que son como las del pez en su agonía.

La enfermedad soy yo hasta el fin de mi tiempo.

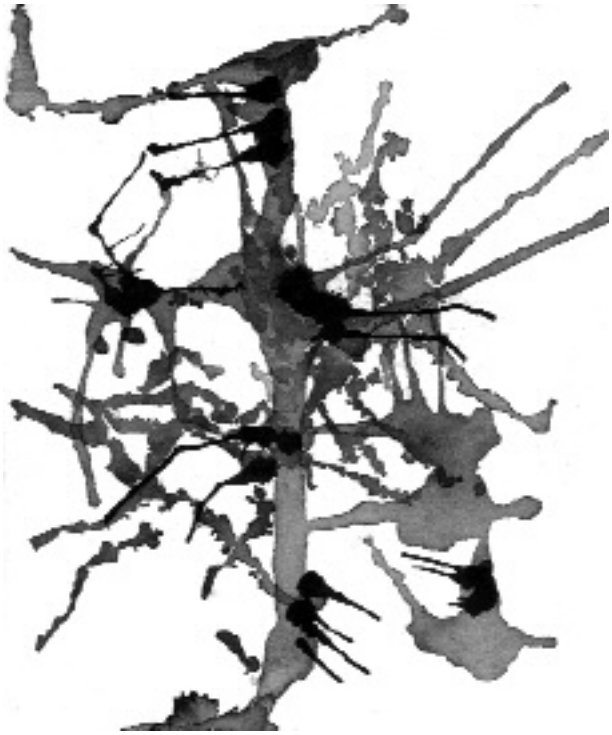
De pesca con Míster Jémingüei

Míster Jémingüei es capaz de mantener un
pez ensartado en el anzuelo sin el menor esfuerzo,
es capaz de enfilar tiburones blancos, azules y verdes,
peces espada
perfectamente desenvainados,
mantarrayas franquistas,
gigantescos robalos vegetativos,
estrellas de mar y de cielo,
pequeñas medusas ciegas
y transparentes calamares de las profundidades
sin el menor esfuerzo.

Míster Jémingüei
es capaz de emborrachar una ballena
con el ron sacrílego que nadie más conoce,
es capaz de embriagar al mismo mar,
a la mujer que ama,
es capaz de beberse veinte botellas de whisky él solo,
frente al océano,
viejísimo,
hasta no reventar,
hasta no repartir insultos insondables
por carta y por voz,
en su barco,
mientras pesca habanas, campanas, corales suicidas,
botellas con planos falsos de un tesoro equívoco.
Todo esto mientras escribe.
Todo esto mientras roba
los minutos y las olas del caribe.

Maligna

En tu rostro de parca rediviva y hermosa
me encontré con las promesas de mujer abierta al cielo.
Un claro a medio fondo.
Y el tiempo de lluvia que nada objetó nunca.



Pero no te extrañé, Maligna.
Supe a qué huele tu carne herida,
conocí tus escondrijos azucarados,
pero la idea de ti huyó sin remedio.
No te necesito, Maligna,
pero te busco
en ventanales pulidos de oscuridad tuya,
te busco
en las flores muertas o pintadas.
En las caras rayadas por la felicidad
te busco.

Cualquier otro fue tu nombre en esos días,
cuando tu mirada funcionaba como el ala de toda ave,
cuando tus piernas valían por sí mismas
y no por ser las piernas bien torneadas
y las piernas bíblicas
y las piernas de cristal.

No sé si entiendas.
Yo no lo entiendo en absoluto,
Maligna.

Los mismos huesos

Perro suspicaz,
brizna de viento
creciendo en los bigotes,
    un colmillo ajado
y el suave ardid:

rezo triste en el ladrido,
ondulación que de noche
no compite con gallos de oro ni maullidos,

gnosis fugaz de perro incompleto:
  nada
  pero nada
  volverá a ser como era.

Perro con ojo de ángel,
  hocico bruñido en experiencia,
  lágrimas de can ensalivado,
  amanecer magnánimo
  reducido por un escozor de garrapata.

La hembra que se pierde en las calles del día,
el olfato del dolor,
la conciencia del canalla,
        gua,

pero los mismos huesos
los mismos huesos.

Ella y los venenos

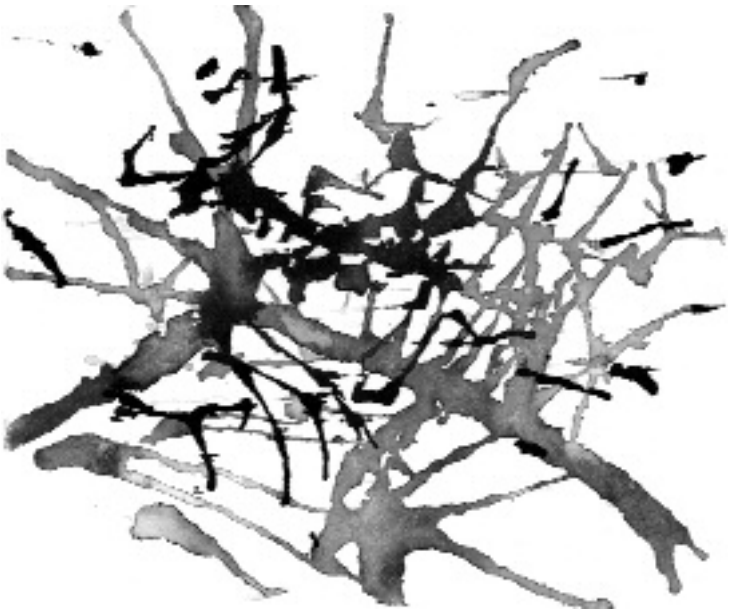
1
Las primeras corrupciones
se debieron a las hojas podridas del jardín
y a las hormigas muertas que caían sobre la leche.
Los calzoncitos blancos de una niña
—todas las niñas del mundo—
se encargaron del resto.

2
Surge Ella.
También hubo mujeres que trajeron la paz,
pero frente a Ella todas fueron despojo.
Donde descansan sus pies de bailarina eslava
se desbarata el rosario de mi vida.

3
Nuestro compromiso fue el del simulacro.
Setenta veces siete la hice mía sin poner mis manos en su piel.
Unas caricias angostas como las que puede habitar el aire.
Y su cuerpo fue el más desnudo de los cuerpos
y su vagina la más perfecta.
Setenta veces siete la declaré *virgo intacta*.

4
Cuánto tiempo, me preguntan.
Años y semanas y el nombre de Ella.
Todo persiste en su veneno y todo quema.
Yo les voy a decir sus pies. Confórmense
porque no sabrán su talle ni sus pechos,
no sabrán uno de sus cabellos siquiera, o la boca
que fue de sus mercenarios y no mía.

5
Un tiempo que olía mucho a Ella.
Sus pies de materia viva.
Los desnudé parcialmente
con el poder de la imaginación.
Las calcetas blancas no cedieron.
Con el poder de la tristeza.
Eran unos pies de princesa rusa y nunca se lo dije.



El nadador

I

Al fondo del río no hay canicas de vidrio azul,
no hay caimanes. Queda un dragón
que pronto se aburrirá de todo esto.
Pero no hay martín pescador,
no hay cristo del cubilete,
no hay diminutos peces comehombres,
no hay sirenas.
Una sencilla alfombra de algas
protege la ribera de los monstruos.

II

El fluir del río aquieta remos,
descifra entre piedras la carne
de sus bestias enterradas,
canta a la estrechura, no contesta,
susurra la hormiga azul y baja
a mutilar el pulgar de los ahogados.

III

Hago buches de río para que
las aguas me quiten lo hombre,
dibujo en la cuenca de mi pecho
a la persona que refleja la vertiente.
Henchido por el verde sanguíneo
soy un lote de fango cubierto por las hojas.

IV

Este río guía el espíritu de sus moradores
a un olvido que les hunde el espinazo.
El nadador traza líneas en la superficie
y nunca se deja tomar por lo más hondo.
Yo nado de pecho, de *croll*, de mariposa.
Cuando las rodillas se acalambran, nado de muerto.

V

Al trayecto del que nada se interponen
troncos de amate inventados por un rayo
pero ya no hay forma de extirpar la rama.
A su cobijo revive un sopor adolorido,
descanso para multitud de tortugas ciegas
que el nadador ignora entre el follaje.
Nada sabe del gajo de su vida
se trasegó con la vertiente.

VI

Leviatán se desplaza sobre la superficie.
Cada viernes antecede a la ninfa desquiciada
que alguien proclamó reina del río.
Cada viernes el torrente verdea hasta la locura
y los muslos de la reina emanan cálida agua roja.
Leviatán se transforma en ajolote.

VII

Lástima por el nadador de fondo
porque en los hoyos de su alma
sólo habitan peces negros.

Testigo voluntario

María del Pilar Cañete Osorno
Facultad de Filosofía y Letras, unam

El hombre sudoroso se acercó para gritarme en plena cara. ¡Ayuda, el tipo de negro me quiere matar! El otro se volvió y preparando su puñal le dijo: Ése no hará nada por ti ni por nadie, está leyendo esta página sólo para verte morir. Ⓟ

Ilustración de Guillermina Palacios, ENAP-UNAM

Los peces rojos

Gerardo Martínez
Facultad de Filosofía y Letras, unam

A mi hermano Leonardo
A Daniela Fuentes

Había un rasgo fantasmal en aquellos peces: ninguno tenía ojos, doble oquedad en sus cabezas.

José Emilio Pacheco, *Los ojos de los peces*

—Nunca sabes lo que harás en los siguientes cinco o diez minutos. Por ejemplo yo, que debería estar echado en la tumbona, saboreando mi jaibol, tengo que aguantarlo a usted con sus preguntas. Y no crea que lo atiendo por solidaridad. Nada más equivocado. ¿Le gustan los puros? ¿Nada más cuando hay? Qué curioso. Cuando yo tenía su edad decía lo mismo.

El reportero tomó el puro, lo sostuvo entre sus labios y rechazó el fuego que le ofrecía el viejo con su encendedor grabado. Gracias, lo conservaría para después.

—Entonces vino para que le cuente mi versión sobre la muerte de Felipe Zárate. ¿Y qué lo mueve a investigar su caso? Es curioso. El gobierno divulgó tantas mentiras durante sexenios y ahora son los jóvenes quienes preguntan por él.

El viejo encendió su puro. Su voz era más autoritaria de lo que el reportero había pensado; movía su bigote blanco con tal furia que apuntaba al techo para enfatizar cada palabra.

—Sí, Felipe los tenía bien puestos —dijo luego de una pausa, encorvando los dedos de ambas manos hacia arriba y agitándolos a la altura de su pecho—. Ya se habrá enterado de lo que pasó la primera vez que nos mandaron a la cárcel. Éramos del Círculo Universitario de Liberación cuando Celio Rivorosa, entonces gobernador, nos mandó encerrar junto con otros compañeros. Pasamos dos meses entre delincuentes de menor estofa. Algunos dicen que fue el rector quien abogó por nosotros, y que hasta pagó las multas. El punto es que en el penal de Chivatito Felipe descubrió la vena que lo acercaría a las masas; asimiló el lenguaje y ademanes de los peladitos. Monedita de oro el pinche Zárate. Eso nos sirvió después, ya que por su fama no había célula a la que le negaran el abasto y el techo cuando nos perseguían los güachos. Por aquel entonces publicó su libro de poemas *Para combatir nostalgias*. Buen poeta. ¿Quién podría negar ese hecho, además de que era un pinche mujeriego pingaloca?

El viejo se detuvo frente a la ventana que daba al jardín. Antes de continuar con su relato lanzó un largo suspiro:

—Le habrán contado que Felipe era todo un pájaro de cuenta —se paseaba por la oficina—. Hubo rumores sobre él y mi mujer. Usted sabrá que entre las células corrían bastantes chismes. Éramos comunistas, pero algunos parecían más unas verduleras. El Gallo Soriano, actual subsecretario de Salud, era el que tenía más afición por las intrigas. Más por pendejo que por algún otro motivo. Ángeles Gómora, que entonces era presidente del Partido Comunista en el estado, hacía cuanto podía para calmar los ánimos. El viejo nunca había estado de acuerdo en que tomáramos las armas. Aunque era de la vieja guardia entendía muy bien lo que pensábamos de su partido. Dos días después de

nuestro ataque lo encontraron muerto cerca de la presa del Chayote.

Los ojos del viejo se extraviaron en el jardín, casi una pradera, donde sus nietos corrían en juegos inocentes con las nanas.

—Existe la promesa de que nadie contaría lo que pasó en las vísperas. Pero como dice usted que Carlos Guasp, ex secretario de Turismo, dio pistas a los reporteros, y que además éstas apuntan a lo que todo mundo se imagina, voy a decirle la verdad. ¡A Felipe Zárate lo ejecutó la célula! —con la mano con que sostenía su puro descargó un golpe al escritorio. Por segunda vez guardó silencio. El reportero mordió el puro que le había obsequiado, extrajo unos cerillos de su cazadora e intentó adornar la escena con el humo.

—Debo mencionar a una persona que se nos unió cuando salimos a la sierra. Era un chino-mexicano que había venido de Tijuana y que todos apodábamos Shangai. No quiero decir que sea el culpable, aunque fue uno de los principales instigadores de la muerte de Felipe. Tenía costumbres raras el chingado chalecito. A todas partes cargaba una pecera de cristal. Tan pequeña que no creo que le cupieran más de tres o cuatro litros. La dividía con una red y allí tenía dos peces rojos. Uno de ellos con manchitas de color turquesa. Los llevaba a las reuniones y los ponía a pelar como si fueran gallos. Las victorias se alternaban. Era muy entretenido —por primera vez el reportero vio una sonrisita cándida. El viejo suspendió su hilaridad para responder la próxima pregunta que hizo el reportero:

—¿Perdón? No. El móvil del asesinato no fue pasional. Simplemente Zárate se opuso al método. Para

Ilustraciones de Roberto Hernández, ENAP-UNAM

ser comunista era también bastante bonachón y moralino. En su lógica decía que engañábamos a mucha gente. Después de muchos años pienso que no estaba equivocado. Insistía en que no era tiempo, que intentáramos en la política, con sindicatos, como hacía su hermano Sergio. Nadie siguió su apuesta, ya sea porque creían en nuestra lucha ciegamente o por el temor que inspiraba el camarada Shangai. En una de esas ocasiones se enfrentaron a palabras ambos líderes. Cuando el chino ya no pudo dar más argumentos tomó la Beretta que Soriano había dejado en una de las mesas y apuntó a Felipe:

"A ver, Felipe. Dame una razón política para no embarrar tu mierda de cerebro en las paredes." Hubiera sido un episodio lamentable. El Gallo era medio pendejo y por suerte había olvidado recargar el arma. La relación que tuvimos con Shangai fue muy accidentada, tanto así que algún tiempo después fue expulsado de la célula por motivos que prefiero reservarme.

El viejo humedeció uno de sus dedos con saliva y recogió la masa de ceniza que cayó por el golpe dado al escritorio. A una pregunta del reportero reventó como si lo hubieran agraviado. Alzó el bigote para enfatizar su enojo:

—¿Cómo que por qué? Eso a usted debe tenerlo sin cuidado, muchachito. Déjeme decirle que a los periodistas también les entran balas —más por nervios que por mostrarse reacio a la intimidación, el joven mordió el puro.

Estaba a punto de dar las gracias cuando, con tono más sereno, el viejo continuó su plática como si nada hubiera sucedido:

—Un asunto interno en el que se le encontró culpable. Estábamos por aplicarle el ajusticiamiento revolucionario cuando desapareció. Años después supimos que murió en la Plaza Tiananmén. Entonces era un oficial de rango en el ejército de China.

Se incorporó de su silla y comenzó un rondín con eje a su auditorio. La duela apenas rechinaba bajo el peso de las alpargatas. Se escuchó una pregunta, casi era un murmullo tímido. Segundos después apareció la enérgica respuesta:

—No, joven. Está usted equivocado. A Felipe Zárate lo asesinó el Estado. Nosotros nada más lo ejecutamos. Es distinto. Felipe murió a manos de la tentación y el ansia de poder —con el índice punteó en el escritorio y de inmediato enmudeció acosado por la reflexión—. Pero fíjese que con los años he pensado que quizá no estaba mal lo que nos proponía. Después de todo buscábamos hacernos del poder. Para cambiar el puto mundo, qué sé yo. Estábamos ciscados, pues pa-

ra el Estado éramos los hijos de la rechingada que le habíamos declarado la guerra

El joven sonrió. Minutos antes descubrió la mala calidad del puro y lo aplastó en el cenicero. El viejo trató de reprimir una sonrisa y, dando media vuelta, extrajo un ejemplar oscuro, bello, del cajón de su librero. Mordió la cola del tabaco y lo arrojó sobre el escritorio. El joven lo encendió y le soltó la última pregunta mientras saboreaba el puro.

—Sí, joven. También yo creo que el chino estaba loco. Zárate se opuso a sus consejos hasta el último momento. Shangai quería que no fumáramos y Felipe lo hacía en todo momento. Sobre todo durante la noche, cuando escribía su segundo libro.

Aquella noche discutieron. Pero no sólo tuvo dificultades con él; las tuvo conmigo y con Jacobo González. Shangai y Zárate estuvieron a punto de golpearse un día antes, durante la cena. En realidad era comida, pero la llamamos cena navideña porque sabíamos que muchos no regresaríamos. Al final de la comida comenzó la discusión entre González y Soriano contra Zárate, que insistía y berreaba y mentaba madres para convencernos de que el movimiento se iría directo al matadero…

Pero vámonos al grano. En la discusión, el chino no dijo palabra. Sacó sus peces y los puso a combatir. Ignoro si lo hacía por perversión o para inspirarse más frialdad. Por su parte, Zárate nos dijo que tomaría su decisión antes de partir y, sin decirnos nada más, se fue a la cama. Una hora después estaba decidido todo. Para el chino era claro que Felipe era un agente con consigna de partir el grupo. Soriano y yo nos opusimos al castigo que él había propuesto. Los peces seguían peleando. Al final votamos y se decidió que en muestra de castigo, la sentencia la ejecutaría uno de nosotros dos. Quien haya sido conservaba el sentimiento del deber para cumplir la orden. El verdugo se paró de espaldas a la puerta, pistola en mano. Las gotas de sudor corrían por sus mejillas y de tanto en tanto volvió la vista al grupo. Aunque había corriente eléctrica, por seguridad iluminábamos el cuarto con velas. Shangai tenía las manos recargadas sobre el alféizar de la ventana y parecía mirar el campo, pero vigilaba al sesgo cada movimiento del verdugo. Por fin éste tragó saliva, abrió la puerta y vio que Zárate dormía. Se acercó, levantó la mano temblorosa con el arma confundida entre sus dedos, apretando las quijadas. Entonces Zárate despertó al momento en que éste le descargó una bala en pleno rostro. El compañero que dormía junto a Felipe dio voces de alarma. Buscó desesperado su fusil hasta que supo lo que en realidad pasaba. Se arrodilló ante el cuerpo de Felipe y no tardó en soltar el llanto. El primer muerto era producto de nuestras intrigas.

Shangai, como siempre, no soltó palabra. Salió del cuarto y descubrió a sus peces muertos, que flotaban en la superficie del agua. Tomó la pecera y la arrojó a la mesa, donde estaban todavía los restos de la cena navideña.

Como usted sabe, atacamos el cuartel en punto de las tres con treinta y nueve del sábado 25 de diciembre del 65. Felipe Zárate hizo el viaje con nosotros, dando tumbos en la camioneta. Fue el primer mártir de nuestra guerrilla. El resto de la noche, Shangai no dijo palabra. Las primeras balas eran nuestras. Ⓟ

Un cigarrillo en Trieste

Eduardo Uribe
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Las ciudades, a través de la literatura, suelen erigirse en mitos modernos. Praga está trastocada por las imposibilidades de Kafka; Lisboa tiene a los andares metafísicos de Pessoa; Dublín tiene el recorrido moroso y detallado de Joyce; París… es casi infinito. Un destino no menos complejo pero más tímido le fue reservado a Trieste: las páginas de Italo Svevo. Muchas cosas podrían referirse para legitimar la grandeza de esta ciudad: que Stendhal vivió y concibió allí *Le rouge et le noir*, que fue la última residencia de Maximiliano antes de embarcarse a México; que Joyce pasó su juventud y trazó los primeros capítulos del *Ulises* en ella… Y podríamos seguir, pero nada igualaría la magia del héroe inútil llamado Zeno Cosini, que dedicó toda su vida a dejar de fumar en un Trieste que, para la época, era uno de los puertos comerciales más importantes de Europa.

Fue Italo Svevo un comerciante de origen judío que, desilusionado por la pésima recepción de sus dos primeras novelas, decidió no volver a escribir. Dejó, así, en un olvido parcial *Una vida* (1893) y *Senilidad* (1898). Debió llegar a Trieste, en 1905, un muchacho irlandés a darle clases de inglés para convencerlo de volver a escribir. Su nombre era nada menos que James Joyce; el resultado fue *La conciencia de Zeno*, que luego de muchas dudas llegó a la imprenta en 1923. Mereció la crítica generosa de Eugenio Montale y Valéry Larbaud, entre otros; en los periódicos el autor era llamado "el Proust italiano", ya que comparte con el francés la genialidad que consiste en hacer de la evocación y el tono personal, casi egoísta, una obra maestra.

Fuente: www.sapere.it

¿Dejar de fumar? Parece, sin duda, y expresado así, un argumento más bien flaco para una novela. Pero la maestría de Svevo es tal que a lo largo de ocho capítulos el personaje se sumerge en el autoanálisis y comienza a indagar, a hurgar en su propia vida, con la desesperación y el desencanto de quien tiene la impresión de haber perdido algo, pero sin saber qué ni en dónde. He llamado a Zeno Cosini un "héroe inútil" porque se trata de un personaje sin sentido —un sinsentido capaz de nombrar un mundo, claro está. No es un emprendedor, pero tampoco un fracasado en el sentido estricto de la palabra. Es apenas un ser mediocre que se deja vivir y se cree todo el tiempo enfermo. Su enfermedad no es otra cosa que un estado del alma, el espíritu o la mente, como quiera llamársele: la acidia, que en el cristianismo medieval tenía su lugar en el altar de los pecados capitales. Pero, ¿qué es la acidia? En el fondo no es gran cosa, y en eso radica su principal problema. "Pocas cosas nos consuelan porque pocas cosas nos afligen", sentenció Pascal. Esa es, exactamente, la verdadera enfermedad de quien pa-

Fuente: www.zweitausendeins.de/cmsImgDB/svevon.jpg

dece la acidia: nada lo consuela porque pocas cosas lo inquietan y lo afligen realmente; conoce el desorden del reposo total, el *spleen* de Baudelaire, la sensación de que la vida carece de acontecimientos —de que no pasa nada—, la tristeza banal y medio profunda que paraliza, pero nada más. Así, la grandeza de Svevo consiste en vislumbrar uno de nuestros más grandes males: la pérdida de la voluntad, no saber qué queremos, despertar y sentir que el sueño que soñamos nos ha hecho perder otros sueños… El filósofo italiano Giorgio Agamben, sin hacer referencia a Svevo, expresa con claridad el problema. Para él, quien padece la acidia moderna no pierde el deseo sino la voluntad para conseguir las cosas; anhela, pero de tal forma que se obstruye a sí mismo el camino para realizar lo que anhela. El deseo está allí, pero le falta la voluntad, y el resultado es ese sinsabor que dejan los sueños imposibles, los fracasos… He aquí la *Odisea* del siglo XX —y el panorama no parece cambiar para el XXI: salir de lo real mediante los deseos y propósitos, y volver, pero sin aventuras ni grandes logros; mantener apenas la sensación de que hemos pasado toda la vida detenidos entre Escila y Caribdis.

Zeno Cosini es, a su manera, el personaje de la novela que Spinoza no escribió. En su *Ética*, el paciente pulidor de lentes traza el mapa de aquel que espera, y espera tanto lo esperado que, al no realizarse, vive con pasiones tristes. Esta idea ha persistido en la historia moderna con tal fuerza que podríamos encontrar muchas afinidades. Así lo confirma Goethe cuando dice que el hombre fracasa porque tiene aspiraciones; Pessoa también hizo las suyas cuando escribió que "vivir es no alcanzar"; Svevo lo llevó al extremo al trazar la vida de un personaje que se propone ser un padre ejemplar, alguien que, dentro del reciente descubrimiento de la higiene a fines del siglo XIX, pretende ser sano y decide dejar el cigarro. A ese propósito vano dedicó toda su vida. Una vida que, como el humo de los cientos de cigarrillos que fumó con una mezcla de remordimientos, reproche y ansiedad, se le fue.

Al llegar a la última página de *La conciencia de Zeno*, se tiene la impresión de que, por su mediocridad, se sabe menos del personaje que de uno mismo. Lo único que Zeno Cosini se permite es descubrir que el dolor y el amor, la vida en general, no pueden ser consideradas una enfermedad porque duelan. Descubre además, al estallar la Primera Guerra Mundial, que en su vida pasaron cosas porque se dedicó mucho tiempo a pensar en sí mismo. Vislumbra que, a partir de su propia experiencia, la humanidad seguirá esa sensación de enfermedad mientras el hombre —la idea del hombre, más bien— lo ocupe todo, el aire incluso, y acabe por sofocarse.

Pese a todo, no dejó de fumar.

Lo sorprendente de Zeno Cosini es que hace del tabaquismo el centro de su vida. Dejar de fumar se vuelve un propósito inútil porque, en el fondo, ni siquiera sabe por qué quiere hacerlo. Hace del cigarrillo un símbolo de su voluntad, de sus proyectos y de lo que anhela en la vida, porque éste le impide lograr lo que realmente desea. Así completa toda una vida de fechas e inspiraciones en que se lee *US: ultima sigarreta* (último cigarrillo). Todo esto hace de Zeno Cosini, aunque apocado y mediocre, uno de los personajes más entrañables de las literatura escrita durante el siglo XX.

Cuando leí la novela por primera vez, yo aún era un fumador social, de esos que no compran cajetillas y sólo llegan a encender un cigarro cuando un amigo o alguien en fiestas y reuniones le extiende un paquete. Quiso el azar que un día mi novia me dejara… llevándose mi ejemplar de *La conciencia de Zeno*. Pasó un año, tal vez, desde aquel evento y sentí la necesidad de comprar otra vez la novela, porque cada vez fumaba más y tenía más novias. Por esa torpe demostración del afecto que tiene la gente de letras, yo también compartía mis lecturas con las muchachas con quienes salía. Así, por cuestiones de trabajo o de estudios, pasaron por mis manos varias ediciones de la obra: dos españolas, una francesa y otra italiana, que apenas si hojee porque, tan pronto las tuve, las vi desaparecer entre los brazos velocísimos de mujeres hermosas y fatales como panteras a las que quise deslumbrar con mis gustos literarios. Inútilmente: hoy escribo estas páginas sin un solo ejemplar a la mano, y lo hago con una mezcla de amor por la lectura y de nostalgia: de ese libro y de esas mujeres que, al final, no tuve.

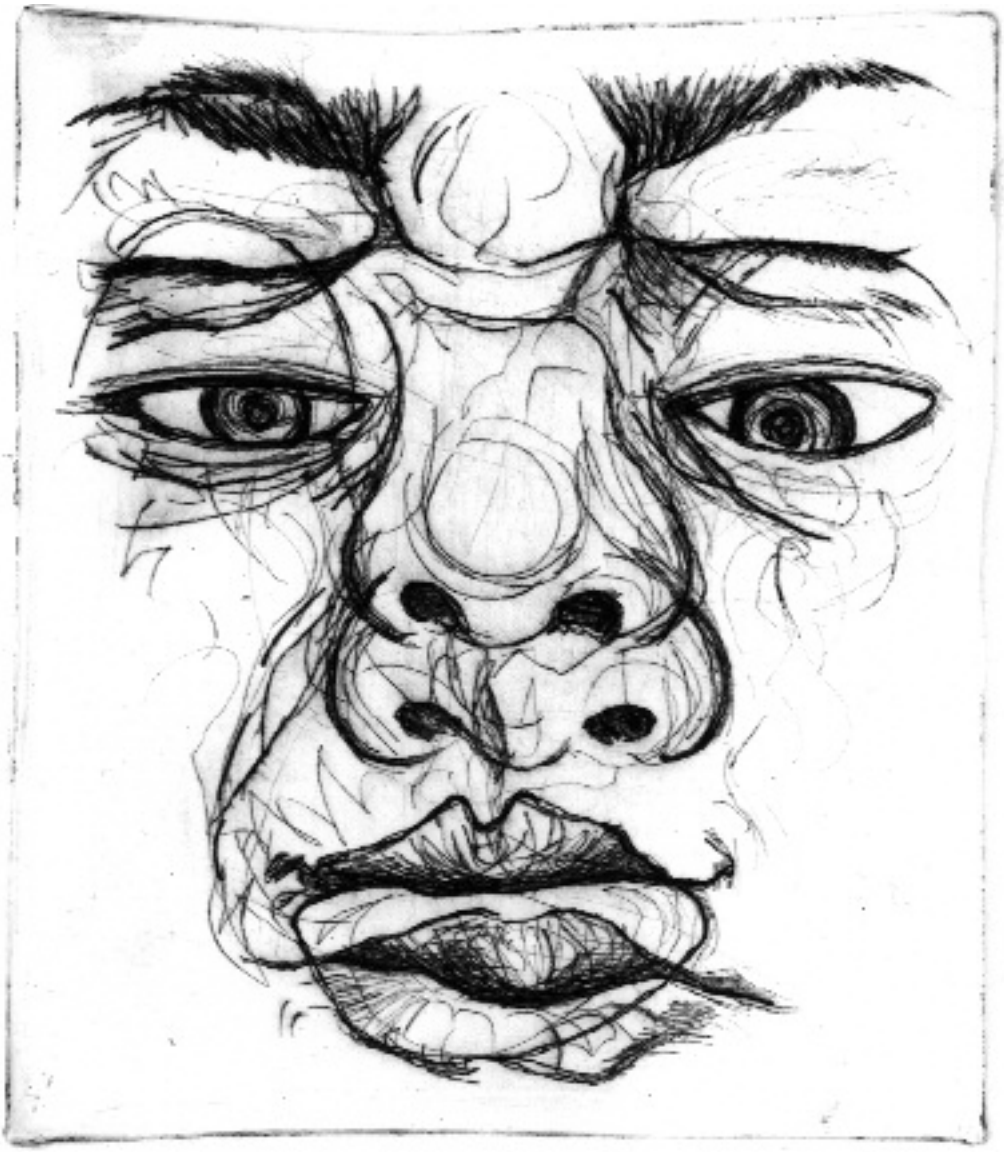
La memoria y la escritura son hermanas gemelas: ambas nacen de ese deseo absurdo que pretende poner orden donde sólo hay caos. Es así, pretendiendo ordenar un caos, como avanzo en estas líneas en que se mezclan la lectura, la evocación y las colillas de los muchos cigarros que se van acumulando en el cenicero —otro caos. Siempre había querido escribir un ensayo sobre Svevo, pero cómo lograrlo sin un ejemplar a la mano. Esta vez decidí hacerlo —sólo con el recuerdo de una lectura— porque comprendí que si seguía esperando se me iría la vida queriendo escribir y posponiendo este momento, como a Zeno Cosini se le fue la vida queriendo dejar de fumar.

La complejidad del personaje y la buena acogida que tuvo en Europa hizo que Italo Svevo planeara nuevas aventuras para Zeno Cosini: *Il vecchione*, obra incompleta, por desgracia, ya que el novelista murió el 13 de septiembre de 1928 debido a las heridas provocadas por un accidente automovilístico.

El verdadero nombre de Italo era Aron Ettore Schimitz. Optó por el seudónimo para, así, hacer un homenaje a su doble origen: el italiano y el austro-húngaro, que es también el doble origen de Trieste. Pasó la vida, como su personaje, intentando que cada cigarro que encendía fuera el último. Richard Ellmann, el biógrafo de Joyce, nos cuenta que en su lecho de muerte, Livia Svevo, como buena católica, le preguntó a su esposo si quería ver a un sacerdote. Italo Svevo, que siempre fue un provocador y un hereje innato, respondió que prefería un cigarro y dijo: "No hay duda de que éste será el último." Ⓟ

Mueca-play-pause-rewind-forward

Sergio Alejandro Trejo Candelas
Escuela Nacional de Artes Plásticas, unam



Lenguaraz

año 2 número 7 verano 2006
$15.00

literatura
para no leer

Fuga antes del alba (fragmentos)

Christian Barragán
Facultad de Psicología, unam

…no hay poesía. Vosotros, todos vosotros, la ignoráis.

Virginia Woolf

uno.

Una puerta, o lo que podría ser un umbral, ceñida por la luz del silencio, aguarda al final de un nombre olvidado:

dos. *México bajo la lluvia*

Amanece sin sol bajo un cielo cercano y duro. Y hoy, más que otras veces, no ha cesado de llover en toda la mañana y la primera tarde; de modo, que desde muy temprano puede escucharse el golpeteo, menudo y constante, de las gotas de agua sucia en los cristales de las ventanas. Además, cuando se está en una región alta y cercada por considerables extensiones de vegetación húmeda, la niebla y la baja temperatura, pero sobre todo la sensación que experimenta el cuerpo al despertar en silencio antes del alba, acentúan la fragilidad de la luz que anuncia al día. Tibia claridad en medio de una pila oscura, monda, desolada. Amanece sin sol (delgado ámbar) mientras bajo un espacio cerrado y duro, crece la inminencia de la lluvia.

tres. ***Desayuno en Boulevard du Temple***

Cristal ajado, vaho zarco
—Yellow Label, *s'il vous plaît madame*
de fulgor cansado.

doce.

Empiezo a creer
que tal vez será mejor olvidarnos de todo esto
y de todo lo que no sabremos ni ahora
ni nunca, lo más pronto

tan pronto como sea…

seis. ***(Del* Coloso *de Miller)***

Siempre recordaré los paseos nocturnos por Atenas, en alguna parte más allá del barrio de la *Omonia* de calles modernas y abandonadas, bajo la última luz, tibia, del otoño sin decir nada; y me quedaba así (conmigo), allí (donde fuera), durante una o dos horas.

Ilustraciones de Guillermina Palacios, ENAP-UNAM

diez y siete.

Después de algunos años
y casi sin darnos cuenta,
una noche,
pensando que dejamos
encendido aquel foco
o abierta aquella puerta,
abandonamos para siempre
nuestro sueño ya olvidado
en nuestra cama ya irreconocible
……
sin un recuerdo ni un sonido cercano
…… de nuestra espera irreparable.

diez.

Amanece//
//
//
////////////

uno.

Una puerta
o lo que podría ser una puerta
ceñida por la luz del silencio
o lo que podría ser
la luz del silencio
aguarda al final
de lo que podría ser un nombre
iluminado:

Tres veces

Cristina Pérez
Facultad de Filosofía y Letras, unam

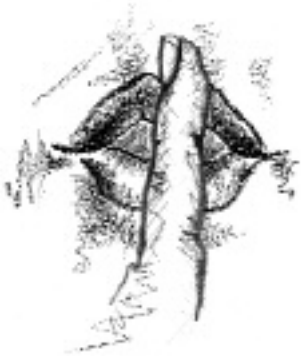
1

Si ella traza caminando una línea recta en el espacio y se detiene en un punto fijo y en algún momento todo se difumina hasta desaparecer y queda sólo una luz blanca y ella sigue caminando sin saber si traza una línea recta o una curva, o da vueltas en círculos en su propio destino inexorable, si ella camina, se detiene y entonces camina después de todo, por fin, algo habrá sucedido.

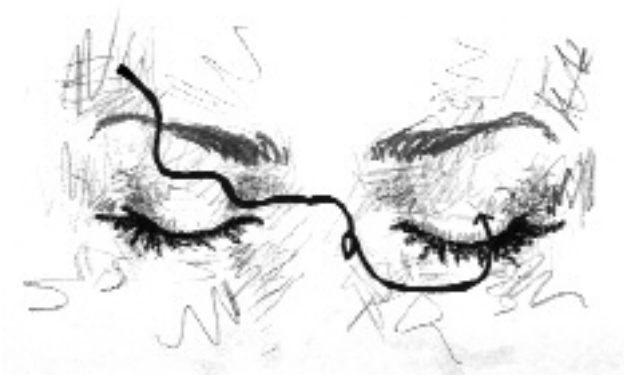
2

Una piedra pequeña y ella, una mujer inmóvil. Una mujer detenida durante horas mira la piedra. ¿Busca algo en esa acción detenida que fractura el paso del tiempo? La mujer mira la piedra como si en ese mirar le fuese la vida. Quien la viera sentiría la angustia de quien ve a una mujer lanzarse al vacío. Un cuerpo cayendo desde la piedra más alta al precipicio. Quien viera la piedra como la ve esa mujer, sentiría de pronto como si le preguntaran su nombre y se diera cuenta de que lo ha olvidado o incluso, tal vez, que nunca lo ha tenido. Sentiría como si una piedra hiciera aparecer su nombre sin aparecerlo, pues solamente quedaría la pregunta sin respuesta, su nombre vacío.

La piedra no puede nombrarme, he olvidado mi nombre. Siete plumas volaron a mi boca. Me nacieron adentro siete pájaros. Por mi boca cantaban cada uno su canto: podía nombrar el mundo. Pero yo era sólo una y había siete pájaros adentro. Cuando crecieron al punto en que ya sentía su plumaje justo debajo de mi piel, temí volar y, sacando siete plumas de mi boca, me quedé en silencio.



Ilustraciones de Itzel Paola Montes Quezada, enap-unam



Pareciera como si la piedra le preguntara su nombre y la mujer escuchara el sonido inaudito. Yo la miro y me pregunto ¿desde cuándo las piedras han dejado la inercia y se han robado las palabras? ¿Sí han obtenido lenguaje las piedras o se ha petrificado el lenguaje?

Desde que no tengo voz, todo me habla. Yo tenía siete pájaros que querían crear con sus cantos todo el universo. Yo maté a mis pájaros porque querían con sus cantos nombrar un altísimo misterio. Crecían cada vez más en mis adentros, casi hasta romper el límite de mi piel para cantar la existencia toda, sin ningún resquicio de silencio. Yo maté a mis pájaros y ahora todo me habla, pero de mi boca sale un soplo inaudible: la respiración simple.

Hay una piedra y una pregunta parece ahogarse en el silencio. Como en caída libre la mujer se lanza desde lo más alto de sí misma a su propio vacío y se sobrepasa en lo insondable, en el infinito silencio de una piedra. Esa mujer calla parada ante una piedra y parece que le va la vida en ese mirar y callar y parece que literalmente *se le va* la vida porque parece como si cayera de la piedra al vacío.

Ahora el sol se sitúa delante del camino y de la mujer. La luz le ciega los ojos y la piedra se le desaparece. Entonces camina con los ojos cerrados. Quien la hubiera visto no podría entender cómo se puede caer desde una piedra tan pequeña en una caída tan larga. Con la luz todo el mundo de aquel largo instante desaparece, se borra la piedra, la caída, y hasta la mujer se borra en la absoluta nada puesta al descubierto por la total blancura de la luz.

En el inmenso silencio que se abre entre la pregunta y la falta de respuesta, voy cayendo en el precipicio de la indiferencia. Descubro el simple placer de no poder pronunciar palabra, de que las cosas (incluso yo misma), se queden sin nombre y que la pregunta se quede flotando en el aire. Cuando me preguntan quién soy, mi respuesta es un suspiro.

La luz penetra a través de sus párpados, baja recorriendo todo su rostro y luego inunda el vacío en su garganta. La mujer sigue caminando hasta perderse en el horizonte. El paisaje queda intacto, como si nada hubiera pasado.

3

Blanco. Los dedos del sol, rayos de luz, difuminan los colores hasta que todo se convierte en blanco. Ya no hay árbol, camino, piedra. Todo es blanco, una inabarcable separación entre el ojo y el paisaje.

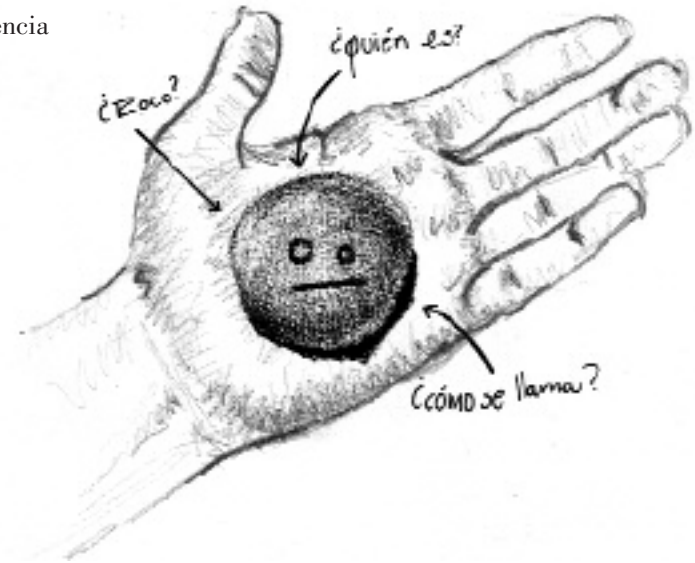
Blanco.
Absoluta presencia.
No es que haya silencio
sino que esta luz alumbra
la indiferencia.

No ha caído la nieve.
No hay frío por la ausencia
del caminante.

La serena existencia
de las cosas
reposa,
al fin,
detrás del ojo
que ya no mira.

In-observado,
el paisaje se muestra
a sí mismo
en la clara superficie

Blanca realidad
apreciable sólo
en la narración
de un momento
que sucede siempre



fuera
más allá
de nosotros
en la blanca realidad
de un paisaje iluminado
y
solo.

Piedra
es ahora
una palabra
sin correspondencia.

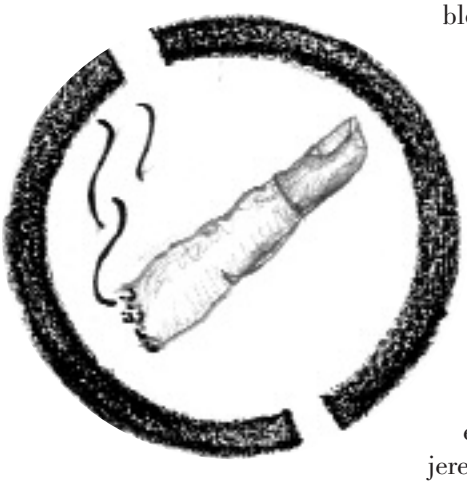
Ya no hay ojo que vea la simplicidad de este paisaje. Ya no hay boca ni manos que puedan narrar el simple suceso. Todo es blanco, en la mente del narrador, blanco y sólo blanco: el paisaje indiferente a su existencia. Ⓟ

La guerra de los cigarrillos

Rodrigo Martínez
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, unam

Al amanecer todo mundo supo que no había ni un cigarrillo en el municipio. La gente fumaba mucho en esa región. Todas las mañanas, cuando Dámaso abría su tienda de abarrotes —la única en todo el pueblo—, los vecinos ya habían formado una larga fila para adquirir tabaco. Fue como nos enteramos de la tragedia.

Al principio se pensó que todo había sido urdido por las autoridades. Durante los últimos meses, el cáncer de pulmón había terminado con un montón de vidas. Otros creyeron que Dámaso mintió cuando dijo que los distribuidores no le habían surtido el producto. El viejo, que siempre era perseguido por las mujeres del pueblo, como ocurre con cualquier hombre con dotes, no era un tipo en quien confiar. Seguro había planeado la escasez de cigarrillos en la oscura bodega de su tienda. Y todo para inflar el precio del tabaco, incrementar sus ganancias y gozar de esas mujeres interesadas que nunca rechazaba.



Ilustraciones de Itzel Paola Montes Quezada, ENAP-UNAM

Pero en aquella ocasión nadie estaba seguro de la verdad. Los fumadores, atrincherados como palomas en el templete de la catedral, exigían tabaco. Gritaban toda clase de protestas y silbaban desesperados. Sudaban. Otros recorrían las inmediaciones de la tienda con pies descalzos y machetes enfundados. Tenían costras en las manos y en los tobillos. Parecían babear cada vez que alguien mencionaba la carencia de tabaco. La plaza del pueblo era visible desde la tienda de Dámaso. Ese día estaba repleta de mujeres y niños, de ancianas comentando los rumores y de jóvenes ansiosos.

Al cabo de unas horas comenzó el desorden. Los fumadores arremetieron contra las puertas y las ventanas de la tienda. Lanzaron piedras y palos para quebrar los cristales. Intentaban atemorizar a Dámaso encendiendo antorchas y clavando machetes en las paredes del inmueble. Ingresaron en la tienda tropezando unos con otros. También intentaron abrir la bodega para hurtar los cigarrillos que, según pensaban, habrían sido escondidos por el comerciante.

Dámaso tenía fama de cobarde, pero salió de la bodega y enfrentó a la turba. Vestía un mandil cubierto de harina y manteca, una camisa gris y pantalones vaqueros. Era un viejo con manos gordas, párpados caídos y cuello de gallina. Tenía un estómago

prominente y piernas delgadas y pequeñas. Con las manos en alto, gritando hasta donde su voz se lo permitía, dijo que aún no tenía cigarros, que seguro en pocos días llegaría un nuevo cargamento. A pesar de la versión del comerciante, la muchedumbre se lanzó sobre él sin miramientos, convencida de que todo era un truco del abarrotero. El viejo se escurrió hacia el interior de su negocio. Los invasores querían lincharlo, encender leña verde a sus pies y hacerle ver cuán inconveniente era su mentira.

Alguien prendió fuego a la bodega. Como estaba recubierta con madera, las llamas se propagaron inmediatamente. La gente comenzó a replegarse. Los amotinados caían al suelo, uno a uno, y mentaban madres o lanzaban golpes por doquier. De pronto los cientos de pobladores que estaban allí, entre protagonistas y metiches, formados desde la madrugada, convirtieron la calle en un cuadrilátero gigantesco.

Brotó la sangre. Los infantes gritaban y las mujeres gemían. Había hombres en el suelo, perros ladrando, cenizas batiéndose en el aire y saqueadores clandestinos extrayendo la mercancía. Hubo quien luchó con machetes afilados. También se utilizaron armas de fuego y toda clase de artefactos para causar heridas a cualquier adversario. Las casas se convirtieron en trincheras. Volaban piedras desde la catedral, que fue aprovechada como una enorme fortificación. La plaza se cubrió de antorchas y las calles de polvo y batallas épicas.

Todo fue desorden y violencia; muerte e incertidumbre. El pueblo se convirtió en ceniza, casas derruidas, botellas y cristales regados. Había machetes cubiertos de sangre, rocas arrumbadas junto al cuerpo de algún difunto y cruces y altares con el nombre de los caídos. Había heridos en el suelo y niños llorando con las barrigas infladas como si fueran pájaros enfermos.

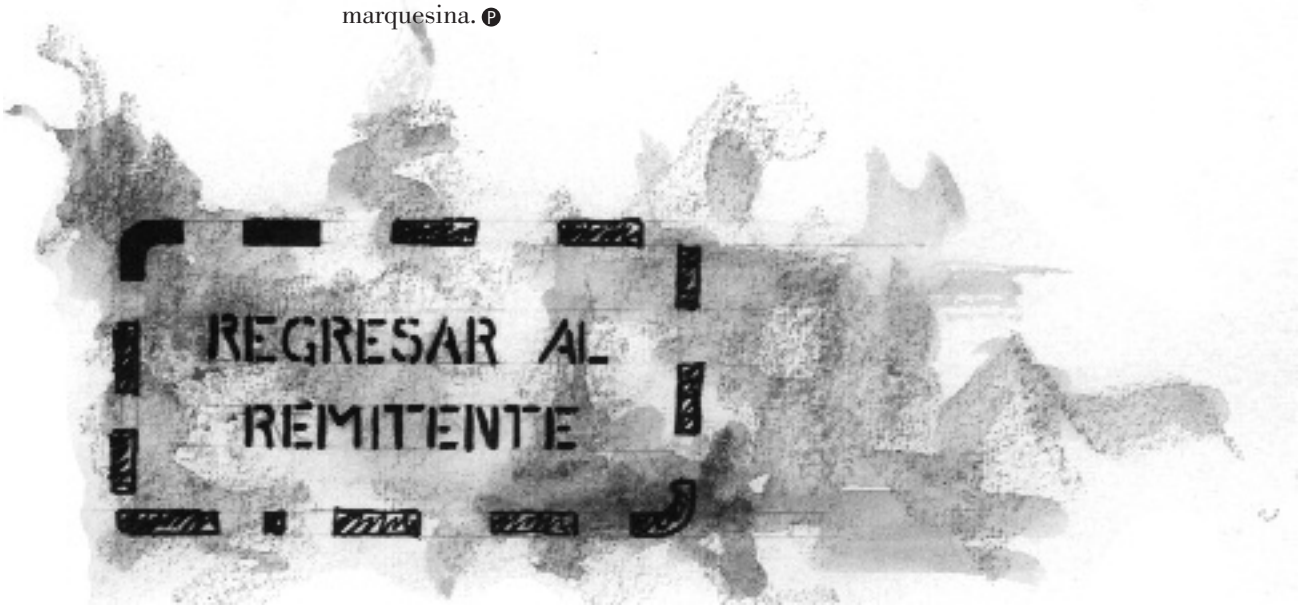
La policía estatal arribó más tarde. Sólo halló cadáveres y mujeres enlutadas. Un centenar de elementos vino desde la ciudad para reforzar a los diez oficiales de nuestra localidad, que se erigía en la cima de un cerro y en medio del bosque, a unos trescientos kilómetros de la capital. Las camionetas, los rifles y los cuerpos de rescate fueron inútiles. La guerra de los cigarrillos había culminado.

Pasaron los funerales. El alcalde renunció en el transcurso de esa misma semana. Dicen que lo hizo justo cuando la gente se disponía a lincharlo. Hubo un montón de velatorios. La población disminuyó de manera notable. Día a día el panteón se colmó

de viudas y huérfanos con flores y ofrendas en las manos, con recuerdos y lágrimas en los ojos.

Semanas después del conflicto, un camión empolvado llegó al pueblo. Estaba irreconocible por la cantidad de ramas y hojas que lo cubrían. La gente lo miraba con sospecha. Había temor por el ambiente enrarecido. El vehículo traía un cargamento de tabaco. La entrega de la mercancía se había retrasado por una obra en la carretera Internacional. El chofer supo que Dámaso desapareció. Nadie lo vio después de la tragedia. La tienda de abarrotes estaba destruida y llena de pintas que calificaban al dueño de ladrón e hijo de la chingada. El comerciante, si es que aún vivía, nunca retornó al municipio.

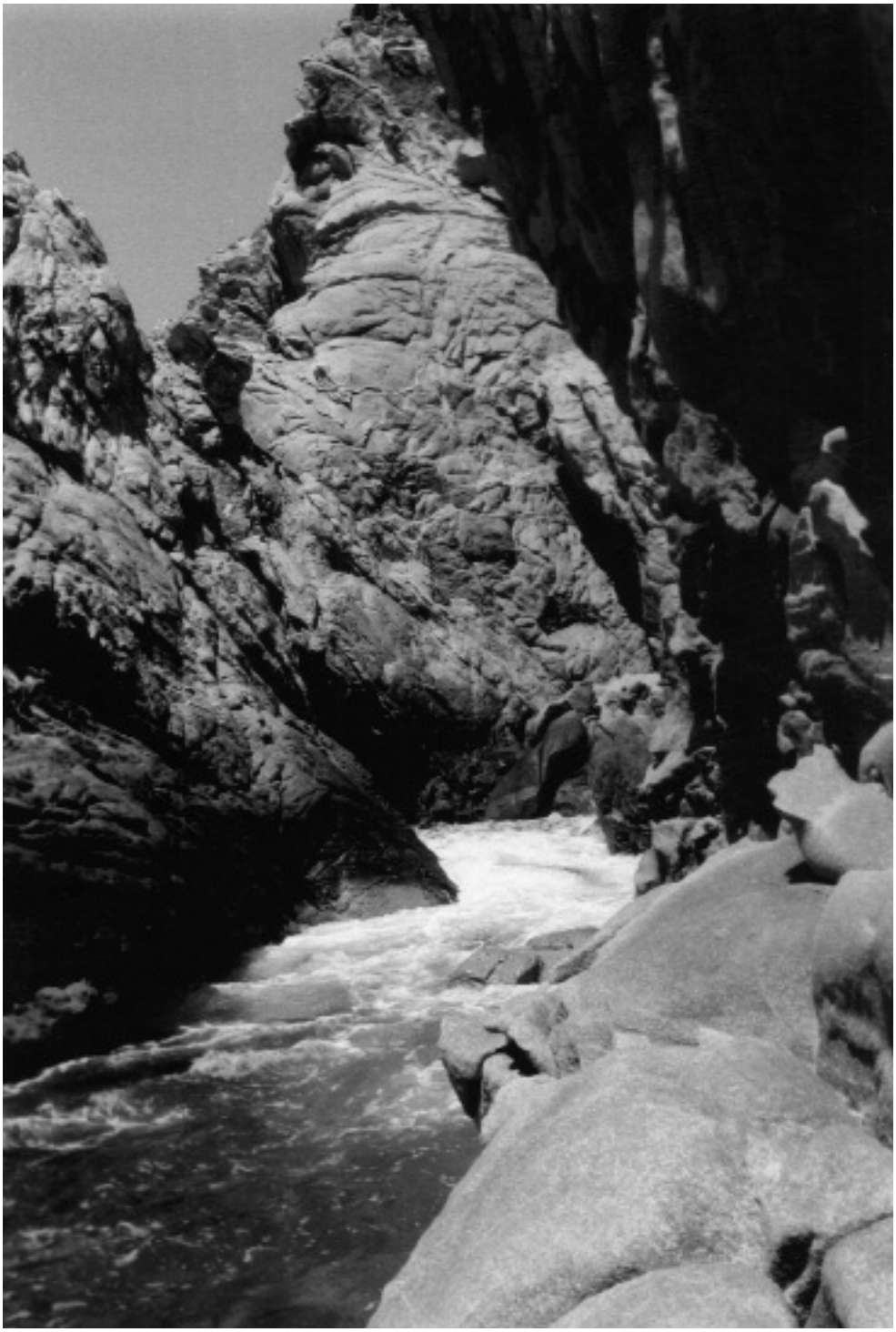
Ante la mirada de los pobladores, que se acumularon como un rebaño a la salida del poblado, el chofer, quien temía que la gente se abalanzara sobre el convoy, tuvo que manejar de vuelta a la capital con la carga completa. La gente miraba el camión con tristeza. Brotaron lágrimas. Los rostros se cubrieron de sudor. Manos y piernas les flaqueaban como si fueran cobras recién paridas. Todos permanecieron inmóviles, contemplando la partida del vehículo cual viejos gatos arrumbados en una marquesina. Ⓟ



En la Punta Cometa

Héctor Ávila Cervantes
Escuela Nacional de Artes Plásticas, unam

Contemplación, impresión digital, 8 x 10 pulgadas



Marea baja, impresión digital, 8 x 10 pulgadas

Agitato, impresión digital, 8 x 10 pulgadas

Punta Cometa, impresión digital, 8 x 10 pulgadas

En tu playa, impresión digital, 8 x 10 pulgadas

Es como una marea (homenaje a Pablo Neruda), impresión digital, 8 x 10 pulgadas

De la moral solazada

Luis Paniagua

Víctor Cabrera,
Episodios célebres,
Instituto Mexiquense de Cultura,
Toluca, 2006

Si quisiéramos rastrear la raíz de las fábulas tendríamos que irnos muy atrás, remontarnos casi hasta los orígenes del pensamiento humano, hasta la creación de símbolos y arquetipos. Si tomáramos en nuestras manos una historia de la literatura, ésta nos diría que el plazo se acorta alrededor de los tres milenios, que su cuna se puede ubicar en oriente (India, Persia), y que en occidente clásico, con griegos y latinos, dicho género alcanzó las más altas cumbres. Las enciclopedias literarias más básicas incluso mencionan algunos libros canónicos: el *Libro de Calila e Dimna* o el *Panchatantra*, entre otros. También se aventuran a soltar dos nombres como referentes obligados del género: Esopo y Fedro, ambos pertenecientes al mundo clásico.

Siguiendo la revisión de nuestra historia de la literatura, encontraríamos que el género se cultivó en la Edad Media, que mamó de las mismas ubres que los clásicos y que el máximo representante del género en nuestra lengua fue el libro del *Conde Lucanor*, el cual retoma anécdotas, temas y personajes típicos ya usados antes.

En la siguiente página podríamos encontrar unos cuantos nombres más: el francés La Fontaine y los españoles Iriarte y Samaniego. De ellos se dice que fueron los autores modernos más importantes para el género y que es gracias a ellos que éste tiene las dimensiones actuales. Sin embargo, no hace falta más que leerlos para percatarse de que son simplemente los continuadores de una vasta tradición.

Cerramos nuestro libro de historia y la fábula se reduce a unos cuantos nombres, unos cuantos textos y unos temas típicos.[1] Cerrado el volumen, nos encontramos con

[1] No está de más decir que en este breve comentario no se quiere ni se pretende ser exhaustivo y que los nombres de los autores no pueden reducirse a los que aparecen consignados en el presente texto. Un lector más informado que el que esto escribe seguro tendrá una lista muchísimo más amplia de autores que rubriquen el género. Aquí sólo se intenta repasar las páginas imaginarias de una historia de la literatura que bien podría existir.

unas pocas ideas y todavía menos certezas: la fábula, género moralizante, surge como estrategia para retratar y enmendar los vicios y defectos del hombre plasmados en las "personalidades" de los animales. Las fábulas cuentan pequeñas historias y las consecuencias, a veces nefastas, a veces no tanto, de actos específicos del ser humano; es decir, trazan el camino correcto.

Cerrado el volumen, la certeza más firme que nos queda es ésta: la historia de la literatura nos resume en unas cuantas páginas una serie de nombres, de textos y de temas y se acabó la fábula. La historia de la literatura fija, disecciona, petrifica. No es de extrañar que se afirme que "ya no existen cultivadores del género" pues los que existieron ya están muertos y la fábula, como nos la cuentan, también. La historia de la literatura nos dice cómo fueron las cosas, que ahora parecen inmutables. Nos cierra la puerta, nos dice que ya no hay camino, sin embargo nos queda uno: ante la afirmación de cómo fueron las cosas, nos queda una puerta abierta: cómo pudieron ser.

El Instituto Mexiquense de Cultura, a través de su colección Piedra de Fundación, nos entrega el primer volumen de prosas de Víctor Cabrera (Chiapas, 1973): *Episodios célebres*. Desde el título, Cabrera nos anuncia, tramposamente, el contenido: eventos celebrables, celebrados. Digo tramposamente puesto que la palabra "célebre" ya carga por sí misma un peso enorme: se celebran los ritos, se celebran las fiestas; esto es, eventos ya grabados en la colectividad. Es "célebre" aquello que ha pasado al dominio público, que se maneja y se conoce (casi) desde el corro de infancia hasta el grupúsculo elitista. ¿Y qué son las fábulas sino hechos grabados en los pueblos y en los hombres todos? ¿No son acaso eventos que los hombres recrean, en ocasiones, en carne propia ya que lo que retratan no son más que características inherentes al ser humano? ¿Dichas historias no se repiten, es decir se celebran, como los ritos que recrean una acción arquetípica? ¿No es, entonces, "célebre" un episodio presente ya ultra sabido?

Al comenzar la lectura de *Episodios célebres*, Cabrera nos da con la puerta en la nariz: en la primera parte del libro, la cual da nombre al mismo, el autor echa mano del formato fabulístico de personajes típicos del género e incluso retoma historias clásicas como la de La Cigarra y la Hormiga o la de Caperucita Roja y el Lobo Feroz; o mejor, el portazo estriba en hacernos creer que las historias que él cuenta son, en efecto, las de los personajes ya conocidos. (¿Qué no es muy sabido que cigarras y

hormigas las hay por millones, cada cual con su historia que es a la vez tan otra y tan la misma? ¿Qué no abundan por la calle, ya no digamos por el bosque, párvulas cautivadoras enfundadas en su caperuza roja que a veces pensamos que son muchachitas encaminándose al colegio?)

Así, como buen fabulista, Víctor Cabrera hace hablar a los animales y nos replantea situaciones, si bien nuevas, que pudieron haber existido desde los mismos orígenes del género y que bien pudieran ser éstas las historias canónicas.

Salpicadas de un humor duro, irónico e inteligente, las fábulas de este apartado retratan situaciones pasadas casi todas por el tamiz metaliterario. Muchas de ellas hacen alusión a los círculos mismos de la literatura, a esos ecosistemas habitados por una fauna ferocísima que cree único su mundo. Nuestro autor, por supuesto, sabe que no es así y tal conocimiento le da la seguridad para parodiarlo fabulisándolo, esto es, encontrando en él más vicio que virtud. En el "Episodio del Ave Concursante", Cabrera nos cuenta la historia de un plumífero cuya identidad nadie recuerda, se dice que era una cigüeña, sin embargo pudo ser una garza, la cual, afanada en los trabajos de la escritura, decide un buen día participar en un certamen literario, sin éxito. Luego en otro, con los mismos resultados. Así, conforme pasa el tiempo se hace de conocidos y de influencias; sin embargo, su suerte en cuanto a los concursos no varía. No obstante, el tiempo, que es siempre buen juez, encumbra su obra y se convierte en una figura celebrada:

> Y esa fama le valió finalmente el reconocimiento —si bien no de la manera que esperaba—, pues luego de quince o dieciséis años de ininterrumpida participación, los organizadores […] pusieron por fin los ojos en ella, y mediante una carta con mucha pompa le hicieron saber que […] había sido elegida para encabezar el jurado que ese año otorgaría tan prestigioso premio.
>
> Al principio el Ave Concursante se puso muy contenta, pues de alguna forma veía coronados sus antiguos e infructuosos intentos, pero se desencantó cuando el teléfono, emisario de amigos nuevos y viejos que sólo querían saber cómo estaba, saludarla y de paso enterarla de que habían ya inscrito su obra en la competencia, comenzó a sonar incesantemente.

De esto podrá dar fe quien se encuentre medianamente conectado con el mundo literario y haya podido escuchar de por aquí y por allá algún rumor parecido.

En "Variaciones y desvaríos", el autor vuelve a poner los ojos en temas literarios pero esta vez ya no desde la fábula sino desde la reconstrucción "apócrifa" de unos episodios que se hermanan con los anteriores por su carácter de posibilidad, es decir (retomando lo que dije líneas antes), no por contar lo que fue sino lo que pudo (podría) ser. En esta sección, Cabrera cambia de perspectiva y nos cambia los "lentes" a nosotros, sus lectores; se siente con la libertad soberana y fresca de variar momentos en la vida íntima de personajes tan célebres como en el "Monólogo de Yocasta", quien es pintada aquí como una histérica que se lamenta por lo ocurrido con su hijo; pero estos lamentos son muy peculiares:

> […] y tuvo que sacarse los ojos el muy hijo de puta […] el muy bastardo, más le valdría haber disimulado, total qué, ¿quién se hubiera enterado?, todos felices, yo con marido y él con mujer, ¡y qué mujer! […] ay Yocasta, no habrá ya ojos de hombre que se detengan en ti, no tienes ya más hijos que te contemplen siempre bella, ninguno se fijará en esta pobre madre acongojada que sufre por su Edipo, ciego el muy hijo de puta…

Pero el autor no sólo tiene reapropiaciones y variaciones, sino también "desvaríos". En ellos nos cuenta historias matizadas con toques fantásticos que redondean las tramas y marcan giros inesperados, que bañan con una luz particular eventos que si no tuvieran el condimento de lo maravilloso, probablemente se camuflarían en la monotonía diaria. Verbigracia, "Imagen del puerto", episodio en que se dibuja una escena cotidiana de casi cualquier puerto mexicano: los niños sacamonedas haciendo su trabajo. Todo es aparentemente normal, los niños en la orilla, un turista que arroja un anillo,

> uno de los niños captura el regalo antes de sumergirse en el agua sucia. Todos los turistas clavan los ojos en el sitio exacto donde el pequeño se ha perdido. Esperan uno, dos, tres minutos… Cuatro. Unos a otros se miran con angustia, alguien indignado insulta al extranjero. De pronto, cuando ya algunos valientes están a punto de arrojarse al salvamento, asoma el torso el niño. Lleva en brazos el cuerpo de una muchacha que observa el mundo con ojos de asombro. Sus pechos duros apuntan hacia el hombre rubio. La muchacha le sonríe. El gordo agradece el regalo mientras la mujer del helado se aleja indignada y balbucea *Focking mexican women… Mexican mermaid*.

> El día se acaba. Felices, los niños hacen una caravana y se despiden. La gente aplaude mientras los mira alejarse mar adentro, agitando sus negras colas de pez.

En "Tres asuntos domésticos", tercera y última parte del libro, Cabrera nos expone tres situaciones de la cotidianidad, recuento de nimiedades y ocurrencias, de fracturas del tedio y brotes de ingeniosidad; sección en la que se plasman anécdotas tan desesperanzadoras que nos mueven a la risa casi nerviosa, al enfado o al sudor de manos, pues quién no ha experimentado una especie de amor que colinda con la resignación (como en "Vendedor de ideas"), una frustración rayana en el desamparo de no encontrar la explicación adecuada (como en "Expedición a la tierra de las explicaciones") o un hartazgo mezclado con apatía (como en "Breve episodio del desencanto"). Es en este apartado donde se encuentran los sucesos más alejados de los temas fabulísticos que dan pretexto al libro; sin embargo, es aquí donde se ubica la mayor originalidad y fuerza pues, si bien no tienen estos episodios la estructura de la fábula, también exponen vicios de la humanidad, tal vez cubiertos por un halo de sencillez que encuadra en cotidianidad.

Es pues éste, un libro de divertimento moral más que moralizante, un recodo de humor lúcido y ameno que propone un reacomodo del género que al fin, encuentra en Víctor Cabrera un digno continuador, un observador de la moral solazada. Ⓟ

P